

El Dependiente de Comercio

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE DEPENDIENTES DEL
COMERCIO, INDUSTRIA Y BANCA DE CARTAGENA

No se devuelven los originales ni sobre ellos se entablará discusión ni correspondencia, publicándose solamente aquellos que firmados por sus autores sean aprobados por la Dirección; pero siempre bajo la responsabilidad absoluta de los firmantes.

Redacción y Administración: Domicilio de la Sociedad: Calle Intendencia, núm. 2.

Director: JULIO MARTÍNEZ MUÑOZ

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE: DON MANUEL LAGUNA DEL FRESNO.
SECRETARIO: ANTONIO MIRALLES LÓPEZ
TESORERO: ANTONIO MECHA.

VOCALES

DON MIGUEL MARÍN, DON CÉSAR NAVARRO, DON ANTONIO GARCÍA MOÑO, DON MANUEL TENDERO.

Redactor Jefe: JOSÉ GUILLÉN MELENDO

SUMARIO

Aspectos: El dependiente, por Alfonso Martínez.—Necrología.—El trabajo ennobrece, por Oscar Nevado.—Festival Taurino, por Quintín Pérez.—Cartagena y el agua, por Un Cartagenero.—Reforma del Pacto de Ultramarinos.—El pago de horas extraordinarias.—Estemos preparados, por Aureliano.—La canción cartagenera, por el Dr. Nemesio de Heredia (El Españolito).—¡Luchad, galeotes!, por Don Nadie.—Socorros Mutuos, (cuentas).—Duenderías, por El último duende.—El Homenaje al Alcalde.—De interés.—Noticias.—Recomendación.

ASPECTOS

II

El dependiente

Es una costumbre muy añeja hablar con desprecio del dependiente de comercio:

—¡Bah, un pobre hortera!—dicen para hacer referencia de él.

Y para algunos fatuos, la profesión de dependiente de comercio, es deleznable, ridícula, irrisoria... Así como si para desempeñarla no fuese necesario reunir cualidades tan estimables como para cualquiera otra.

En el ambiente insano que envuelve al hombre del mostrador, ha influido mucho sin duda la labor de nuestros literatos, de algunos de nuestros literatos, que siempre les trataron en sus libros con la más despiadada sátira. No vamos nosotros —no porque no queramos, sino porque no sabemos— (es muy torpe nuestra péñola), a extirpar con esta crónica el antagonismo que ciertos seres sienten hacia los dependientes; pero nada más justo, que tratar de demostrar a quien nos haga el honor de aprendernos, que la misión de dependiente, tiene más importancia en la vida de los pueblos que la que los mismos interesados le reconocen.

—¡Bah, un pobre hortera!—dicen.

Y los que así hablan, olvidan sin duda que el dependiente es parte principalísima de esa poderosa palanca del progreso que se llama Comercio. Para poder aquilatar con justeza la valía del dependiente mercantil como factor de la civilización, es preciso que hagamos aunque ello sea lacónicamente un estado comparativo de lo que es hoy el comercio y de lo que fué en épocas pretéritas; es preciso, que, peregrinos por la ingente montaña de la Historia, nos remontemos a pasadas centurias, a las remotas...

Y veremos, que el comercio tuvo su origen en los primeros seres humanos que aparecieron sobre la superficie de la tierra para poblar el planeta que habitamos; pero que, debido a las funciones verdaderamente salvajes que con relación a la vida en sus aspectos materiales ejecutaban, permaneció por

espacio de muchos siglos en estado estacionario; que, aquellas generaciones, alimentábanse de los frutos espontáneos que les brindaba la pródiga Naturaleza, que sentían las necesidades del abrigo para preservar sus carnes del rigor de las estaciones, que notaban la falta de albergue para guarecerse de las lluvias y de los vientos; y, que a pesar de tener a su disposición todos los elementos necesarios, no podían satisfacer las necesidades enumeradas. A ello se oponían, el aislamiento individual, la falta de lenguaje para expresar ideas y la carencia absoluta de las más rudimentarias nociones de cultura.

Poco a poco, y merced al espíritu civilizador de que se hallaban poseídos los seres que sucedieron a los primitivos, fué cediendo el estado embrionario del comercio. Y surgió el cambio de productos. El labriego, daba de su cosecha al cazador a cambio de la caza de éste. Más tarde, el espíritu humano que lleva en sí la tendencia a especular, aprovechó la circunstancia de la permuta de productos, y hombres emprendedores, trataron de repetir la operación para extraer de ella el mayor lucro y formaron caravanas que provistas de camellos, tomaron a su cuidado adquirir los productos sobrantes en unas tribus para conducirlos a otras.

De esta forma, se fué creando el comercio hasta hacerlo ser lo que es hoy: una necesidad común, una aspiración social que tiene por resultado económico el aumento de la riqueza privada y pública.

Y ha adquirido tal importancia, que cohibir su desarrollo, ponerle límites, anularlo, sería lo mismo que coartar la civilización y el progreso de la sociedad. Un prestigioso publicista mercantil ha dicho: «sociedad y comercio es una cosa y no puede hablarse de la una sin expresar al mismo tiempo algo que afecte al otro».

La historia del mundo y la particular del comercio, demuestran de un modo diáfano que a él se debe la civilización de que gozan pueblos y naciones. Así lo atestiguan Grecia, Carthago y Fenicia en los tiempos antiguos; los Países Bajos y las repúblicas italianas en la edad media; España, Holanda, Francia, América y Gran Bretaña en los tiempos modernos. Y es innegable, señores, que llamáis despreciativamente horteras a los dependientes, que en el perfeccionamiento, en el progreso, en la civilización comercial, ha tomado y toma parte principalísima ese abnegado hombre cuya profesión a vosotros os produce risa...

En las épocas citadas anteriormente, sería más o menos importante actuar de dependiente de comercio; pero hoy, que el valor de las naciones se cotiza por su riqueza comercial, industrial y agrícola, —éstas últimas tan íntimamente ligadas a la primera,— debemos reconocer la valía tanto tiempo proscrita de

